

Libros

16

CRÍTICA
A DUCHAMP

DE LA FATIGA DE LO VISIBLE

MAREK SOBCZYK

Traducción de
Manuel Arranz
Pre-Textos. Valencia, 2011
182 páginas, 16 euros

★★★★

Que las artes plásticas y con ellas el concepto de arte están en crisis, al menos desde comienzos del siglo XX, es una obviedad. Lo es menos describir y entender la naturaleza de dicha crisis. Marek Sobczyk ha escrito un libro de prosa arriesgada y penetrante sobre este tema nada ajeno a las hondas transformaciones de nuestra sociedad y de nuestra visión del mundo.

Sobczyk ensaya una valoración antropológica del hombre actual, definido entre la nostalgia y la respiración de una virtualidad sin presencia. Esta ausencia, no obstante, está llena de muchas cosas: hipótesis y decoración, agitación, desmemoria, minimalismo y parcialidad. Lejos de creer en el fin del arte (aunque sabe que no pocos «artistas» y empresarios culturales están empeñados en ello), Sobczyk cree en su necesidad, que no puede surgir sino desde su reinención.

Ritmo y aparición

Para él, una obra «significa atravesar de nuevo el ritmo y el tiempo de una aparición». El ritmo no es exterior, nos involucra; la aparición es la de la propia obra, cuyo contenido es su presencia: no un acto de comunicación, del que necesariamente participa, sino de experiencia.

Un lector de Valente encontrará en esta prosa aspectos de gran similitud, aunque no hay en Marek la exploración cabalística cristiana y, sobre todo, hebrea, ni es ajeno a ciertas meditaciones orientales en las que el concepto de obra involucra al autor en una ética del duelo y atención a la memoria. Al contrario que tantos exaltadores de la gestualidad y el arte conceptual más ocurrente, Sobczyk aboga por el enfrentamiento a la resistencia. A favor de lo

visible, sabe que solo surge de un duelo con lo que no se ve porque su presencia es justamente lo que se busca. No hay contenido previo. En toda obra hay, o debe haber, una falta de unicidad (Paul Celan). Lejos de pensar que la obra se desprende del mundo, afirma que toda forma (se entiende que cristaliza en una obra) «entraña un compromiso con la realidad».

Hasta el final

Se trata de saber si la pintura de nuestros días es susceptible de ser una referencia para el pensamiento. Lo dice muy bien cuando vislumbra esa tarea como «llegar hasta el final de una visibilidad para sostener la base de un pensamiento». La obra se dirige a los sentidos, es una imagen que encarna, que nos permite la meditación. No un pensamiento dual, sino aquel que al dilatarse abarca lo pensado y al que piensa.

No cabe duda de que los excesos de búsqueda de originalidad son vistos con recelo, y los une a la idea de un progreso continuado que se apoya en lo que surge en detrimento de la memoria. Tampoco condesciende con la idea de función relativa a la forma, y critica a Duchamp (quizás no del todo con justicia) por dictaminar la muerte del arte, algo que le parece en una línea excesivamente estética y literaria.

Sobczyk propone, a veces con un lenguaje conceptual algo particular y poco contrastado, reinventar las artes visuales desde el compromiso con la obra no como elemento aislado, sino relacionado con la naturaleza, participando de una visión del mundo: descendiendo a las fuentes de su necesidad para mostrar una visibilidad ajena al fetichismo actual de la imagen sin presencia.

JUAN MALPARTIDA



JOSÉ DEL RÍO MONS

AMIGOS, LOS POETAS

Intensidad
extrema

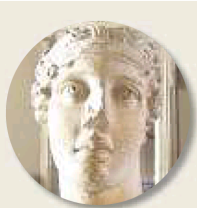
Hay poetas que solo publican lo imprescindible. Amalia Bautista pertenece a esa raza. Su «obra total» cabe en apenas doscientas páginas

A cabo de recibir el último libro de Jenero Talens, *Un cielo avaro de esplendor*, con malas noticias familiares en su dedicatoria, que siento

sinceramente. En más de una ocasión he escrito extensamente sobre su infatigable vocación lírica. Todo en la vida y la obra de Talens ostenta un ejercicio asombroso de *intensidad extensa*... valga el oxímoron y valga también por

hoy este envío de estimación y condolencia al poeta-amigo, para introducir, por contraste, la poesía de Amalia Bautista.

La mesurada reunión de los poemas de Amalia en *Tres deseos* (Sevilla, Renaci-



SAFO
fue la primera poetisa que cantó al amor. Amalia Bautista (a la izquierda) también lo ha convertido en su centro temático



CLAUDIO RODRÍGUEZ
Al igual que Amalia Bautista, el autor de «Don de la ebriedad» depuró al máximo sus versos



«TRES DESEOS»
Este poemario de 2010 recoge toda la obra lírica de Amalia Bautista, desde «Cárcel de amor» (1988) a «Pecados» (2005)

miento, 2010) es, en buena medida, otro oximoron, pues se trata de una antología-total de obra. En ella se acogen, en menos de doscientas pulcras páginas, desde su *Cárcel de amor primera* (1988) a la confesión publicada de últimos *Pecados* (2005).

La estirpe de Garcilaso

No sé bien yo el porqué de la extremosidad extensa, por lo mucho o lo poco, que caracteriza a casi todos los amigos poetas que he tratado en mi vida. Un rasgo que comprendo desde el demasiado activo Jorge Guillén al inocultable perezoso Brines, y en grado muy característico a la divinidad tan «fieramente humana» de aquel ángel-diablo «adrede» que era mi *poetísimo* amigo Claudio Rodríguez.

A Guillén, sitiado por fuerzas de los achaques de la edad en su «Paseo lumino-

so» malagueño -oficialmente, marítimo- donde lo conocí, todo le parecía poco, con su *Final* ya entablado, para reequilibrar exhaustivamente la trabajada-trabajosa arquitectura de su ciclópeo *Aire nuestro*. Por el contrario, Claudio se me flagelaba a veces -con muy escaso tormento, por cierto- sobre la parquedad de su obra completa.

A Guillén «en su gloria» no nos atrevíamos los muy menores que él a disuadirlo de su denodado hábito de acudir con disciplinada puntualidad diaria a su oficina poética, donde se esforzaba por tejer en un diálogo consigo mismo inacabable aquella «divina comedia» que fundara muchos años antes con *Cántico*.

En cuanto a Claudio, mucho más próximo en edad al que suscribe, lo consolaba de sus lamentaciones *cocodríticas* en punto a parque-

RASGO DE AMALIA BAUTISTA SON SUS DESENLACES IMPACTANTES, LLENOS DE IRONÍA

dad, mentándolo-le la divinidad sublime de los muchos más concisos que él Garcilaso y Juan de la Cruz.

Nos concentraremos disciplinadamente en los aspectos de cómo la rigurosa intensidad amable que se impone la disciplina *inscriptora* de nuestra poeta amiga de hoy, depara forzosamente la peculiar concentración extensa en su total de obra. Y para comenzar, no mucho más aquí que una rápida consideración del primero de sus poemas publicados, «Contra *Remedia amoris*», de *Cárcel de amor*.

Cuestión de principio

Cumpliendo una condición que pudiera generalizarse sin demasiadas excepciones a rasgo general de la poesía femenina, desde Safo y la coqueta retórica cortés de sor Juana hasta nuestras contemporáneas Almudena Guzmán, Ana Rossetti o la misma Amalia, el amor, en sus causas, sus plenitudes y sus conflictos, parece el centro temático principal en el «cuidado» sentimental de las poetisas.

Amalia Bautista lo confirmaba desde luego así como cuestión de principio en el poema mencionado, con la misma desenvoltura moderna sobre pudores sociales, que en sus modos de expresión atractivamente actuales: «Yo no soy de ese tipo de mujeres / incapaces de amor y de ternura».

Aquel lejano ya primer poema de Amalia, anterior a 1988, instituía la pauta de otras composiciones, muy escuetas en su mayoría, organizadas en un climax alejandrino argumentado bajo una suerte de «ponderación» en el cuerpo mayor del texto. Para desembocar en el remate de unos como ingeniosos estrambotes finales. Así, siempre en el mismo poema inicial de muestra: «Yo sé mirar los ojos de los hombres. / Conozco quien merece mi ternura».

Es rasgo estructural este, habitual en las composiciones de la poetisa: unos desenlaces impactantes llenos de agudeza irónica, que con frecuencia resuelven la animada adivinanza desgranada a lo largo del cuerpo entero de la enunciación.

LAS MEJORES DEPURACIONES, LAS MÁS SABIAS, SE DEBEN A LOS POETAS QUE SE CENSURAN A SÍ MISMOS

No parece difícil conjeturarle algún reverdecer ilusionado al sentimiento enamorado de Amalia, a tenor del «seguiremos yendo» que declaraba en su más reciente «*Ida y vuelta*», *convivial* en el «*Brindis*» de los provisionales *Otros poemas* en su antología-total.

Hay, pues, como una raza de poetas descuidados, o pródigos y enternecidos con sus creaciones, que lo preservan todo, lo muy sobresaliente como lo condensado por mediocre y hasta lo peor y francamente malo. Son los poetas necesitados de antología.

Pero las mejores depuraciones, las más sabias, se les debe a la otra raza, contraria, de poetas: los que se censuran con buen tino a sí mismos, llevando a publicación tan solo el núcleo exacto de sus creaciones y lo imprescindible por su intensidad. Entre estos últimos, Amalia Bautista, despiadada al extremo con sus criaturas líricas hasta elevarlas a refinada exactitud.

El peor poema

Otro tal, mi buen amigo Claudio Rodríguez, de quien yo mismo presenciaba un gesto extremo de autocensura y exclusión. Al examinar conmigo una carpeta que contenía la única versión mecanográfica superviviente de *Conjurios*, apareció un papel manuscrito más bien pequeño. Claudio me lo quiso leer, advirtiéndome que, en opinión de Alexandre, aquel poema suyo era «el peor escrito en lengua castellana». Malo era en verdad, y por lo mismo no lo pasó al total publicado de *Conjurios*. Luego, para desesperación seguramente de cualquier filólogo sepulcrero, Claudio dejó caer el papelote, que se coló debajo del sofá.

Casi seguro que aquel tesoro fetichista acabaría en la bolsa de la aspiradora doméstica al día siguiente... Y ahora, al ponderar la implacable selección de intensidades extremas que atesoran los *Tres deseos* de Amalia, me pregunto cuántos papelotes como aquel de la casa de Claudio no habrán ido a parar a las entrañas de la aspiradora de Amalia Bautista. *C'est la vie*.

ANTONIO GARCÍA BERRIO